

PRÓLOGO

Se dice que si algo puede salir mal, saldrá mal, y si puede empeorar, empeorará; y yo puedo dar fe de ello. Justo inmersa en mi nube de confusión, aparece él. ¿Para qué?, pues muy sencillo, para sumergirme más en dicha nube. No podía dejar de preguntarme cómo era posible que su mirada tuviera tanto poder sobre mí. Me di cuenta, entonces, de mi propio engaño. Creía haber estado viviendo, pero no, en realidad estaba dormida. Era un espejismo. Llevaba dormida mucho tiempo; no obstante, de pronto... desperté; y lo hice de todas las formas en la que una persona se puede despertar de todas las maneras en las que puede estar dormida.

Cuando has amado tanto a una persona, llegando incluso a pensar que es imposible querer más, la vida te sorprende anulando tus hipótesis. Pero... ¿se puede estar enamorada de alguien a quien ni siquiera conoces? No me interesa la respuesta, lo que de verdad me importa es que empecé de nuevo a vivir; sin embargo, nada es sencillo. Sin saber muy bien cómo, me vi poco a poco enredada en una maraña de secretos y mentiras de las que no tenía ni idea de cómo salir, y en cada intento de ello lo estropeaba más.

Esta situación me provocaba una sensación de angustia que hacía que el corazón golpeará contra mi pecho con una fuerza y a una velocidad, inverosímil. Miraba a mi alrededor como si todo fuese una conspiración en mi contra. ¿Por qué el destino se ensañaba conmigo? ¿Qué podía hacer para evitar que mi vida quedara de nuevo vacía?

De todas mis inseguridades, miedos y dudas, lo único que hoy por hoy tengo claro es que si alguien me pregunta qué es el deseo, podría responder sin titubear, que el deseo es él. Mi único deseo.

PERO... ¿QUÉ HAGO YO AQUÍ?

Acompañé a mi novio Daniel a una cena de negocios, con la sensación de llevar en el pie un grillete unido a una enorme y pesada bola de hierro; la misma que aplastaba mi interior causándome un intenso dolor en el pecho. Afortunadamente, no tenía que asistir a todas, sólo a las que a los demás implicados se les ocurría la brillante idea de llevar a sus parejas. La cuestión es que esas cenas a las que me veía obligada a asistir, se me estaban volviendo cada vez más insostenibles, y lo peor es que no había ni tan sólo una patética excusa que se me ocurriera para poder librarme de ellas. Él siempre decía que debía acompañarle aunque tuviese cuarenta de fiebre, que al ser uno de los abogados de una prestigiosa empresa, no podía señalarse siendo el único que no llevara acompañante. A veces sentía que yo era para él un simple florero, al menos desde hacía ya un tiempo. No recuerdo exactamente desde cuándo.

Era odioso tener que sentarme a una mesa con unos cubiertos carísimos y tener que sonreír en todo momento ante el montón de tonterías que contaban el resto de los floreros allí presentes. Una de esas mujeres presumía de un caro viaje que su adorable esposo le había regalado. Pensé que el exagerado color de sus mejillas podía deberse a que sus banales comentarios le hicieron avergonzarse, pero al no retirarse de su rostro ese color en toda la noche, me percaté de que se trataba de un exceso de colorete. A lo mejor quería que sus pómulos hicieran juego con las paredes del restaurante. Parecían todas recién salidas de una sesión de rayos uvas; al lado de ellas, yo era un espectro. La mezcla de olores a perfumes caros me estaba mareando; además, escucharlas me estaba provocando asfixia. Este no era mi sitio, no estaba nada cómoda.

—¿Puedes dejar de moverte?, pareces un piojo irritado —susurró Dani con disimulo. Su enfado era evidente.

Fruncí el ceño y no le respondí nada. ¡Claro que me movía mucho!, me lo provocaba el agobio de estar en la dichosa cena en contra de mi voluntad. Entre todas las mujeres -jóvenes y no tan jóvenes- que había allí, sin duda yo era el garbazo negro. ¡¿Cómo se me podía ocurrir trabajar en lugar de dedicarme a ir a la peluquería, al gimnasio y de compras?! Me miraban como si fuera un bicho raro. Mi novio pensaba igual que ellas, no quería que trabajara en la humilde tienda de arte en la que estaba contratada a sabiendas de cuánto me gustaba todo lo relacionado con ese mundo.

Entre tanto malestar, me acordé de mi amiga Martina y se me escapó la primera sonrisa verdadera de la noche. Ella, probablemente, se burlaría de todas estas mujeres sin que ninguna se diese cuenta. Mi amiga no entendía que yo, en lugar de hacer eso mismo, me irritara con cada palabra que pronunciaban y con cada minuto que pasaba con este tipo de gente.

Aunque, claro, Martina y yo somos muy diferentes. Ella es alegre y alocada, muy impulsiva y burra en muchas ocasiones, pero, sin duda alguna, es genial. Siempre me ha considerado una gran artista de la pintura -aunque hacía varios

años que no pintaba nada-, pero decía que no encajaba en el perfil en lo referente a la vestimenta y a la personalidad. Según ella, los artistas son más bohemios, lo que venía a ser una definición de cómo era ella en personalidad, porque vistiendo era muy elegante, se le notaba a leguas que era esteticista y peluquera. Siempre iba perfectamente maquillada y con su pelirrojo cabello meticulosamente peinado. Yo no era tan perfecta vistiendo como ella, y tampoco sabía ignorar los problemas, de hecho, en estos momentos me estaba resultando muy difícil respirar. Temí por unos momentos sufrir un desmayo. Ni la dulce música que sonaba de fondo, *Nuvole bianche* de Ludovico Einaudi, me ayudaba a relajarme.

—¿Te importaría sonreír aunque sólo fuera por una *puta vez*? —me preguntó Dani, con una sonrisa forzada que disimulaba su enfado.

Fijó sus ojos negros en los míos, esperando una respuesta mientras se retocaba su oscuro flequillo engominado. Le respondí con una sonora y falsa sonrisa que le irritó aún más. ¿Cómo podía yo sonreír allí, si ya no me hacía ilusión ni el momento del postre? Eso era lo único que esperaba con emoción en otras ocasiones, hace ya bastante tiempo. Al principio de nuestra relación lo acompañaba ilusionada, no porque antes me gustara asistir a estas cenas, sino porque estaba enamorada, no al mismo nivel que lo estuve de Mario -mi primer novio-, pero sí se puede decir que a un nivel bastante aceptable. Así no era tan complicado sobrevivir a este tipo de eventos. El amor todo lo puede, ¿no? Yo creía que él estaba tan enamorado de mí como yo de él, pero poco a poco esa sensación se fue evaporando.

Dani y yo nos conocimos por mis amigas Laura y Martina. Sus respectivos novios eran amigos de él. El empeño que pusieron ambas, más el interés que mostraba Dani en mí, suscitaron que, tras una oleada de insistencias por parte de ellas, -no sé si porque lo consideraban un buen chico para mí o por intentar hacerme salir del agujero en el que me encontraba después de que se terminara lo mío con Mario-, iniciáramos una relación.

Y ahora... no me interesaba ni la búsqueda de un piso para vivir juntos que estábamos haciendo últimamente a petición suya como forma de dar un paso más en nuestros cuatro años de relación. Mi apartamento era pequeño para los dos, y el suyo también. El día que me lo planteó, fui verdaderamente consciente de que no estaba segura de lo que sentía por él. Me pregunto cuándo empezaría a desengancharme de él hasta el punto de sentirme como ahora, tan confundida y dudando tanto de lo que siento. Año y medio o dos... no sé. Tal vez, cuando comprobé que no era especial ni diferente a los demás, que era uno más. Ahora estaba confusa sobre qué hacer. Desde luego, algo fallaba, pero tenía temor al cambio, a la soledad obligada... no sé.

Creo que todo el mundo ha tenido alguna vez miedo a ese tipo de cosas, o, al menos, eso me gusta pensar para no sentirme tan patética; aunque de todas formas, hay quienes son capaces de hacer frente a ese miedo, pero no sólo a ése, también al miedo al que dirán, a decepcionar a los demás... Es una situación que te ata de pies y manos dejándote unas cicatrices que sólo la libertad puede curar y borrar con el tiempo.

Yo no quería ser una mujer florero, yo no quería estas cenas, ni regalos caros sin sentimientos reales de por medio. Yo quería a alguien a mi lado que me hiciera temblar de deseo con tan sólo mirarme, que con una mirada me hiciera sentir la única mujer en el mundo, que me hiciera sentir deseada... en definitiva, todo lo contrario a lo que yo tenía. Qué tarde había caído en la cuenta... quién se iba a fijar en mí ya a mis veintisiete años.

Se dice que gota a gota se colma el vaso, pues el vaso de mi relación con Dani estaba desbordado de decepciones. Martina decía que lo que yo consideraba decepciones eran, en parte, culpa de mi creencia absoluta e irracional sobre la existencia del hombre perfecto. También decía que al menos a mí me podía ser más fácil salir de esa absurda idea e incorporarme a la realidad que a nuestra amiga Laura, quien según ella, se encontraba atrapada en el surrealista mundo donde existían los príncipes azules, y de ahí era más complicado salir. Justo acordándome de mis amigas, recibí un mensaje de *Whatsapp* de Martina:

Este sábado salida de chicas!!
Ánimo con la cena! 00:30

Su mensaje me cambió el ánimo favorablemente. Mientras miraba ensimismada el mensaje de mi amiga, se me ocurrió una idea -sí, aunque parezca mentira, estuve rápida-.

—¡No!, ¡No puede ser! —grité justo cuando estaban sirviendo los postres, captando la atención de las once personas que se encontraban en la gran mesa redonda.

—¿Qué pasa? —preguntó Dani con cierta desconfianza.

Todos seguían pendientes de mí.

—La pareja de mi padre me acaba de enviar un mensaje sobre él. Le acaban de ingresar en el hospital. Siento muchísimo tener que irme justo ahora, con lo bien que lo estaba pasando —me disculpé mientras me levantaba de la silla muy despacio. Los ojos de todas las mujeres se clavaron en mi vestido rojo de seda—. Disfrutad de la noche. Dani, quédate aquí, ya te iré informando de cómo va la cosa. En su rostro leí que sabía que estaba mintiendo.

No dejé tiempo a réplica y salí corriendo de aquel salón dejando a mis espaldas murmullos, tales como «pobre», «esperemos que no sea grave»... El de Dani no lo escuché, pero bien podría haber sido un «maldita mentirosa». Imagino que por ese motivo no se molestó en seguirme y proponerme acercarme en coche; sería como un pequeño castigo para que me fastidiara y me fuera andando hasta mi apartamento, aunque lo cierto es que llamé a un taxi y justo después apagué el móvil para evitar recibir alguna llamada suya recriminándome lo que había hecho. No sentí ni un ápice de culpabilidad.

Cuando llegué a casa me fui directa a la cama sin mirar a ningún lado para no abochornarme con mi propio desorden. Ese caos exterior probablemente fuera producto del interior o viceversa. Me quité el vestido rojo de cóctel que me tenía aprisionada para ponerme mi pijama de *Snoopy*, y me metí en la cama pensando

que tenía que hacer algo para mejorar mi vida o iba a ir acercándome, como si fuera montada en unas escaleras mecánicas, hacia el precipicio de la muerte en vida.

Me desperté, como cada mañana, con la misma sensación de desesperación que me ahogaba. Me incorporé en la cama con un enorme dolor en el pecho, ¿ansiedad?, ¡yo que sé! La cuestión es que me sentía mal, y el que fuera viernes profundizaba mi agobio en lugar de aliviarlo. La llegada del fin de semana era augurio de aburrimiento, de darle vueltas a la cabeza y de compartir más tiempo con Dani, lo cual cada vez me apetecía menos.

El trabajo siempre conseguía mantenerme distraída, el problema es que estaba contratada sólo de lunes a viernes y a media jornada, lo que suponía tener la tarde libre, y con eso mi cabeza machacándose. ¡Qué tortura! El tiempo libre da espacio para pensar, y mis pensamientos siempre viajaban de mi pasado a mi presente, y el primero me dolía, así como el segundo me irritaba. Pero no se puede luchar contra eso, o quizá sí, aunque yo desde luego no lo hacía y no podía sentirme orgullosa de ello precisamente.

Por otro lado, no me podía quejar de mi sueldo; con él tenía para mis gastos, aunque sólo para eso. Menos mal que mi apartamento estaba pagado; fue un regalo que me hizo mi padre pocos meses después de que su novia viniera a vivir con nosotros a nuestra casa, quizá como indirecta para que me fuera al ver que ella y yo no lográbamos alcanzar una convivencia pacífica. Eso o fue muy altruista al gastarse sus ahorros en un apartamento para mí.

Quiero muchísimo a mi padre, pero nuestra relación se enfrió un poco cuando, tras morir mi madre, empezó una relación sentimental con Olga, una mujer de la que sólo diré que desde el momento en que la conocí, me resultó un tanto desagradable, aunque diría que la sensación era mutua. Quizá, el extremado parecido físico que me unía a mi madre fuera el motivo por el que ella no me tenía mucha estima. Las únicas diferencias entre mi madre y yo, eran que ella tenía el pelo rizado y castaño claro, mientras el mío era lacio y de color chocolate con leche, como mi padre -aunque él ya lo tenía inundado de canas-; y también que tenía los labios un poco más finos que los míos; por lo demás, las dos teníamos los mismos grandes ojos verdes, la nariz pequeña y respingona, las cejas con ángulo suave y hasta incluso los mismos hoyuelos al reírnos. Sin duda, esto tendría que ser duro para mi padre, que tanto sufrió con su muerte.

La mañana de trabajo en la tienda de arte transcurrió tranquila. Conseguí vender un cuadro, lo que puso muy contento a mi jefe, un calvito regordete de unos sesenta años llamado Enrique. Quizá, el truco de conseguir vender con facilidad los cuadros de la tienda estuviera en que cuando enseñaba alguno, me dejaba llevar y me sumergía en él, y eso, al parecer, le encantaba a la clientela. No es difícil, siempre me ha apasionado el arte, de hecho, estudiaba Bellas Artes, pero lo dejé a falta de un curso. Fue un momento de mi vida en el que perdí la ilusión por

todo, incluso por mi carrera, que tanto me apasionaba. Pero ya nada haría que la retomara, ello conllevaría revivir recuerdos que ya de por sí me atormentaban día a día. De todas formas mi trabajo no me permitía desvincularme por completo del arte.

Acepté con resignación la llegada del fin de la jornada laboral. Cogí mi bolso, salí de la pequeña tienda, y cerré con llaves la puerta de entrada al local. Llegué a casa después de unos siete minutos caminando, me senté en el sofá y para seguir con la tradición, comencé a pensar en lo poco que me gustaba mi vida. Continué con mi hábito de darle vueltas a mi relación con Dani.

Cuando una relación se deteriora no tiene sólo uno la culpa, siempre he sido consciente de ello, pero es que yo no me sentía bien, no formábamos uno entre los dos, eramos uno y uno, con motivaciones totalmente diferentes y por supuesto no encajables unas con otras. Todo empieza bien, pero cuando vas conociendo a la otra persona, o te das cuenta de que lo es todo para ti, o de todo lo contrario, de que es justo lo que no quieres en tu vida. Cada vez estaba más segura de que no era lo que yo quería a mi lado, pero... ¿habría alguien que verdaderamente quisiera a mi lado después de Mario? No podía dejar de mirar su foto a diario. Unas veces ese primer plano de su cara me transmitía paz; otras, nerviosismo; otras, miedo... me estaba volviendo paranoica.

Un agudo dolor de estómago me recordó que debía comer algo, así que, dada mi falta de pericia en la cocina, me preparé, como la mayoría de las veces, unos fideos instantáneos que comí mientras seguía machacándome a mí misma con pensamientos depresivos. Cuando terminé de comer, encendí el móvil y al momento aparecieron en la pantalla doce llamadas perdidas de Dani. No se me apetecía llamarle, ni tampoco quedar con él. Mi teléfono comenzó a sonar. Era él de nuevo.

—Hola —respondí a la llamada con una total naturalidad fingida.

—¡Te he llamado varias veces y el teléfono apagado! ¡¿Se puede saber qué demonios pasa contigo?! —gritó exasperado.

—Me quedé sin batería y no tenía cargador en el trabajo.

—¡Pues deberías estar más atenta!, ¡no puedes estar incomunicada!

Su actitud exigente fue una de las cosas que propició mi cansancio de la relación -sólo una de muchas-.

—Bueno, ya respondí —dije, intentando quitarle hierro al asunto.

—¡Sí, después de muchas llamadas!

—Sí... ¿Bueno, qué querías?

—Pues hablar contigo, no sé, ¿le han dado el alta a tu padre?

Se me escapó una malévola sonrisa ante su irónica pregunta.

—Me encontraba mal —de hecho me encontraba fatal entre esas materialistas mujeres.

—No deberías jugar con esas cosas, te podrías arrepentir...

De repente sentí una punzada de culpabilidad y la sonrisa desapareció de mi rostro. Deseé llamar a mi padre para comprobar que estaba bien. Dani era espe-

cialista en dar dónde más duele.

—¿Vas a darme mucho la charla por lo de ayer?

—Qué va, paso. Me tienes harto con tus infantilismos. Ya crecerás. Sólo te quería decir que esta noche hemos quedado.

No se me apetecía mucho salir, pero ya era como una regla que los viernes y los sábados saliésemos por la noche; y los domingos, por la tarde.

—Como quieras...

—¡Cuánta ilusión! —respondió con ironía.

—¿Y a dónde iremos?

Ahora la irónica era yo. Siempre íbamos con nuestros amigos al mismo lugar, un *pub* llamado *Hechizo*, cercano a la playa, con una bonita terraza y unas espectaculares vistas al mar. Era por eso que en el fondo no me molestaba ir siempre al mismo sitio.

—Muy simpática... Esta tarde tengo una reunión, pero no terminaré muy tarde, de modo que sobre las diez estaré en el *pub*.

—Está bien, allí nos vemos.

Cada vez se me hacía más pesado quedar con él, pero tampoco podía saber si en caso de terminar la relación, le echaría de menos o no. Así que seguía acomodándome en la misma asquerosa rutina de siempre. Por otro lado, la pregunta era sencilla y dejaba entrever una clara respuesta, ¿Se puede esperar algo de lo que crees que ya no se puede esperar nada?, si la respuesta es no... ¿qué hacer?

A mis amigas no les había comentado nada de esto, me lo estaba comiendo sola. Adela al parecer no me había notado nada, pero la intuitiva de Martina decía que me notaba rara con Dani; Laura, sin embargo, algunas veces decía que yo aún no había olvidado a Mario. Es cierto que me acordaba mucho de él, pero de todas formas eran otros motivos más contundentes los que me habían llevado a cansarme de Dani. Quizás, cuando vienes de una relación que consideras perfecta, la siguiente siempre te va a parecer bastante pobre, aún más cuando ésta se termina estando enamorada. Dani y yo empezamos a salir un año y medio después de que mi relación con Mario se terminara. De todas maneras, aunque yo sintiera algo por él, no volveríamos a estar juntos; pero éso es algo que no parecía entender mi novio.

La cuestión es que debía ser sincera con ellas y contarles cómo me sentía. Sería interesante conocer sus reacciones y opiniones, dado sus caracteres tan dispares.

UN TSUNAMI DE EMOCIONES

A las diez de la noche aparqué en una calle paralela al *pub* donde me encontraría con mi novio y el resto de amigos con los que solíamos quedar. Ibamos siempre a *Hechizo* para que nuestra amiga Adela, que trabajaba allí como camarera, se pudiera pasar por nuestra mesa de vez en cuando y así estar con nosotros; aunque no solía hacerlo con mucha frecuencia, ya que el *pub*, por lo general, estaba hasta los topes a ciertas horas. A parte de eso, nos gustaba mucho el ambiente que allí había. Su música no muy alta permitía tener conversaciones sin hacer necesario elevar la voz; no obstante, sobre la una de la madrugada elevaban el volumen para poder bailar.

Mientras subía las escaleras de madera que daban acceso al *pub*, aprecié, gracias a la cristalera de la parte delantera del local, que mis amigos se encontraban dentro en lugar de en la terraza. Sentir la suave brisa del final del verano, mejoró mi humor. Al entrar me relajó la tenue luz de color aguamarina que desprendían las pequeñas bombillas del techo. Martina destacaba con su oscuro pelirrojo pelo meticulosamente peinado. El refrán «en casa del herrero, cuchillo de palo», con mi amiga no se cumplía. Era una estupenda peluquera tanto en su trabajo como en su vida personal. Siempre me regañaba por mis malos pelos; no comprendía que no fuera igual de habilidosa que ella a la hora de peinarme. Yo sólo iba bien peinada cuando ella se encargaba de mi pelo, ya fuera en una de sus visitas a mi apartamento o en una de mis visitas a su casa o a su peluquería, la cual me encantaba por su amplitud y por su moderna decoración. Era muy conocida en el pueblo, «Peluquería Tina». Sus clientas eran, por lo general, de alto nivel económico. Se gastó un buen pellizco para abrir su negocio, pero la inversión, sin duda, le mereció la pena.

Pude ver a mi amiga Adela hablando con un cliente en la barra. Servía para esto, era muy simpática y abierta. Podía entablar conversación con cualquiera sin problema de quedarse sin saber qué decir.

Al final de la barra, a la derecha, justo enfrente de la puerta que daba a la cocina, había tres mesas redondas y altas, con sillas de la misma altura a su alrededor, de color negro. Allí se encontraban mis amigos y... mi novio. Antes de dirigirme hacia ellos, saludé a Adela, quien, con la barra de por medio, se acercó a mí tras disculparse con su cliente.

—¡Hola Luna! ¿Qué tal?

—Pues... como siempre, a echar el ratito aquí; hay cosas que no cambian nunca.

Rió un poco, por compromiso.

—Tengo novedades —me respondió al instante, y me dejó un poco descolocada.

—¿Novedades sobre qué?

—No comas ansias, después os cuento.

—Está bien, después hablamos. Voy a saludar a éstos. Prepárame un mojito de melón y ahora vuelvo para recogerlo.

—¡Marchando un mojito de melón! —dijo, pero en lugar de prepararlo, volvió junto al cliente con el que hablaba cuando llegué.

—¡Hola a todos! —saludé a mis amigos en cuanto llegué a ellos.

—¡Hola! —respondió mi amiga Laura de manera anticipada al resto.

Mi novio ni siquiera se levantó para saludarme, pero yo tampoco me acerqué a él. Me senté junto a mis dos amigas. Esperaba que no se quejara; odiaba cuando me reprochaba cosas en público, y más cuando él lo sabía dada la infinidad de veces que se lo había dicho. No me gustaba llamar la atención, cosa que ya tenía complicado por culpa de mis ojos. Son verdes, almendrados y grandes. La gente reacciona como si fueran únicos en el mundo, y eso me sulfura bastante en lugar de agradarme.

Martina clavó sus pequeños ojos color miel en mi pelo, mirándolo con desaprobación. La ignoré. No me molestaba llevar suelto mi pelo poco grácil sin haberlo peinado demasiado. Ella estaría pensando en lo desaprovechada que tenía mi larga melena.

—Chicas, me ha dicho la rubia que trae novedades, ¿sabéis algo? —pregunté algo intrigada.

—Eso mismo nos dijo a nosotras. Ya luego nos contará —dijo Laura entornando los ojos y frunciendo sus finos labios.

—Seguro que se trata de alguien nuevo que se quiere tirar ahora —aventuró Martina mientras paseaba por sus labios el dedo índice, mostrando su perfecta uña pintada de rojo.

—A lo mejor es sobre trabajo —dijo Laura, imitando de forma exagerada el mismo gesto de Martina, sólo que la uña de su dedo índice en lugar de estar perfectamente pintada, estaba perfectamente roída, lo cual chocaba con su cuidada imagen. Ni la propia Laura parecía creerse sus palabras.

—¡Qué pava eres! —soltó Martina por su burla.

—¡Es que siempre piensas en lo mismo!

—¿Es que no conoces a tu amiga Adela?

Laura no supo qué responder o... no quiso.

—Bueno chicas... seguro que nos sorprende, pero tampoco tiene que ser muy importante; de lo contrario ya nos lo habría contado. Voy a ir a la barra, le pedí un mojito.

Adela no me había preparado la bebida, estaba aún hablando con el mismo cliente, así que, en vista del éxito, fui a pedirselo a su compañero. En la barra sólo estaban ellos dos, suficiente para un local no muy grande cuando no había mucha gente, pero a ciertas horas de la noche la sala se colmaba de gente y no daban a basto. A pesar de que ambos le habían pedido en reiteradas ocasiones al dueño que contratara a alguien más, éste se negaba para obtener más ganancias. Si finalmente se decidiera a hacerlo, seguramente, haría un casting, pues tanto

Adela, como su compañero Carlos, eran guapísimos; parecía que los había escogido a conciencia, y además, ambos poseían grandes habilidades sociales.

Mientras Carlos me preparaba el mojito, me quedé embobada observando la inmensa cantidad de botellas que tras la barra decoraban toda la pared a pesar de que ya las tenía más que vistas. Distraída, paseé la mirada por todas ellas hasta que algo me llamó la atención de la pequeña cocina que había detrás de la barra. Ahí me pareció ver moverse una sombra. Parecía que hubiese alguien en esa cocina, pero sólo trabajaban mi amiga y Carlos allí, lo cual me dejó un poco confusa. A pesar de no estar muy segura, pensé que se trataría de un efecto óptico.

—¿Qué te pasa!? —me preguntó divertida Adela, consiguiendo su propósito de asustarme. Di un respingo y se cortaron mis pensamientos. Se rió ante mi reacción. En ese momento, Carlos me entregó el mojito y yo a él el dinero.

—¿Ya has terminado de ligarte a tu cliente? —le pregunté bromeando.

—Ya sabes, son gajes del oficio —contestó, poniendo cara de interesante e intentando aguantar la risa, aunque finalmente exhibió su particular sonrisa mostrando su paleta derecha un pelín montada en la izquierda. Iba a responderle cuando me pareció ver algo moverse dentro de la cocina otra vez.

—¿Oye qué te pasa con esa cara rara? Te lo pregunté antes de guasa, pero vuelves a tenerla.

—¿Hay alguien o algo en la cocina, o me estoy volviendo loca?, antes me quedé confusa porque me pareció ver una sombra moverse, no estaba segura, pero es que he visto algo moverse otra vez.

—¿Sí?, ¿el qué?, ¿quién? —preguntó fingiendo terror y me hizo reír. Por lo general era la más payasa de las cuatro.

—Eso digo yo, ¿quién o qué es?

—¿Qué pasa? Te parece muy guapo, ¿verdad? —me preguntó haciendo su típico teatro que me hacía reír.

Osea, que era alguien.

—Adela... ni siquiera le he visto la cara.

—Pues no sabes lo que te pierdes —respondió mientras miraba muy interesada hacia la cocina tratando de verle—. Eso es lo que os quería contar. Mi jefe, además de copas, quiere servir aperitivos, para aumentar caja; así que quiere probar si le sale rentable tener a un chico en la cocina, preparando canapés.

—Vaya, por un momento pensé que le había contratado aceptando vuestras reivindicaciones de ayuda.

—¡Qué va!, éste todo lo que hace es para su propio beneficio. Pero bueno, por lo menos, se puede decir que buenísimo —suspiró.

—¿Tu jefe?

—Nooo —frunció el ceño— Alejandro.

Miré intrigada en dirección a la cocina para verle la cara, pero no le vi. Seguramente Adela llevaría razón y sería muy guapo, eso le daba veracidad a mi hipótesis sobre que su jefe hacía un casting de modelos para contratar al personal.

—¿Entonces esa era tu novedad?

—A medias. Después te sigo contando. Voy a atender a los clientes —señaló a tres chicos que estaban en la barra esperando.

Me senté de nuevo, esta vez con mi mojito en la mano, interrumpiendo la conversación que mantenían Laura y Martina.

—¡Novedad medio resuelta!

—¿Te refieres a la rubia? —preguntó Martina.

—Exacto. El jefe de Adela ha contratado a un chico para que haga canapés a lo largo de la noche.

—¿Esa era la novedad? —Laura resopló con decepción, haciendo bailar su flequillo castaño.

—No sé, me dijo que después me seguiría contando, pero supongo que la novedad es que el chico es muy guapo.

—Seguro que le gusta —aventuró Laura.

—La novedad será que está intentando algo con él, y nos advertirá que tenemos prohibido ponerle un sólo ojo encima.

Esbocé una sonrisa por el comentario de Martina.

—¡Luna! —me llamó Dani—. Ven un momento —dijo misterioso cuando puse la mirada en él.

Me separé de mis amigas y me senté frente a él, que se encontraba hablando con Jose, el novio de Laura; y Pablo, el de Martina.

—¿Qué pasa? —quise saber.

—Jose le va a regalar a Laura por el décimo aniversario un viaje de un fin de semana en Ibiza, ¿nos vamos con ellos?

El romanticismo y Dani, no eran compatibles. Por cierto... ¿Laura en Ibiza? Bah.

—No lo veo muy conveniente que vayamos, se supone que un regalo de aniversario tiene que ser romántico e íntimo, no creo que...

—¡Pero si he sido yo el que le ha propuesto a Dani que vengáis! —me cortó, y me quedé sin saber qué decir mientras pensaba en la decepción que se habría llevado Laura si hubiera escuchado eso. Tan romántica como era ella y lo enamoradísima que estaba de Jose... Lo que realmente le encantaría sería estar sola con él una semana en una isla desierta—. Luna, ¿En qué piensas? ¡Dí algo!

—Últimamente se queda en la inopia.

Le lancé una mirada fulminante.

—No veo oportuno ir con ustedes ese fin de semana, mejor en otra ocasión.

—Yo ya lo había dicho —me apoyó Pablo distraído.

A veces pensaba que Pablo era perfecto para Laura y Jose para Martina, pero el destino no lo quiso así, además los polos opuestos dicen que se atraen.

—¿Pero por qué? —insistía Jose.

—¡Por tonterías!

La protesta de Dani me molestó, aunque últimamente todo lo suyo me molestaba.

—¡Pues por una cosa muy sencilla!, ¡y obvia por supues...! —interrumpí in-

conscientemente mis palabras al captar la zona de la cocina súbitamente mi atención. El chico nuevo del que me habló Adela, estaba dejado caer en el marco de la puerta mientras bebía una bebida energética. Miraba de forma general al *pub*, que se encontraba ya repleto. ¡Qué mirada! Esa fue la causa de que perdiera el hilo de lo que estaba diciéndoles a Dani y Jose, de que mi cuerpo vibrara y de que me quedara petrificada en la silla. Deseaba ir hasta allí y comprobar que todo él en sí era real. Hasta su pelo desgarbado, de color castaño claro, me pareció fascinante.

Los pocos segundos que permaneció allí, antes de entrar de nuevo en la cocina, me permitieron comprobar que lo que Adela dijo sobre él, era completamente cierto. Sí que era guapo, sí, muchísimo. Hasta sus carnosos rojizos labios lograron cautivar me. Joder, nunca me había atraído tanto un chico por su físico. No supe descifrar qué era esa sensación tan extraña que sentí cuando lo vi. El corazón me latía a un ritmo frenético -¿pero realmente me funcionaba?-. Me descoliqué ante esa sensación ilógica, extraña, emocionante y ya casi desconocida para mí, que hizo que mi mundo se parara en un instante. Podría decir que me sentí... ¿viva? Esto era demasiado. Un completo desconocido había provocado en mí, en tan sólo milésimas de segundos, un tsunami de emociones, desorientándome por completo. Sentí hasta mareo y me enfadé profundamente conmigo misma por permitir que esto me pasara. Me sentí mal y desprotegida. «¿Quién narices eres tú para causar esto en mí?», pensé.

De pronto, caí en la cuenta de que Dani y Jose me miraban extrañados por la interrupción repentina de la conversación. Cerré la boca, que aún la tenía medio abierta. Ambos giraron a la vez la cabeza para saber qué era lo que me había hipnotizado. Agradecí que ya no se encontrara allí la causa de mi bloqueo, de lo contrario me habría tocado sermón de Dani y tener que encontrar explicaciones que ni siquiera tenía para mí. Al menos, Pablo, al estar mirando a Martina, no se había dado cuenta. Intenté centrarme y continuar con lo que estaba hablando, pero tantos pensamientos en mi cabeza me habían hecho olvidar qué estaba diciendo. Tenía que decir algo para evitar preguntas.

—¡Que no voy!, ¡y punto! —ambos se giraron para mirarme de nuevo, incluso Pablo me dedicó una mirada pasajera antes de volver a clavar sus ojos en Martina —. ¡Laura querrá ir a solas contigo!

—Pero solos es aburrido, con amigos se pasa mejor.

Una vez más, me alegré de que mi amiga no escuchara la conversación.

—Pues piensa lo que a ella le gustaría, que el regalo es para ella. Cuando ella quiera regalarte un viaje, le recomendaré que le proponga a mucha gente ir, pero a ti te recomiendo que no se lo propongas a nadie y te la llesves a un sitio tranquilo y romántico.

Se quedó pensativo con mis palabras, aunque no sé si realmente surtieron efecto.

—¡Qué testaruda eres Luna!

—Déjala Dani, las mujeres son así. Se les mete una idea en la mollera y es más fácil arrancarles la cabeza que la idea.

Ambos rieron con el chiste de mal gusto de Jose. Siguieron hablando, pero realmente yo ya no estaba haciendo caso a lo que decían. Mientras me bebía el mojito, comencé a recordar la mezcla de emociones que sentí cuando vi al cocinero. ¿Por qué? Había visto miles de veces a chicos guapos y nada, ¿por qué era diferente ahora? Miré a la cocina en varias ocasiones para confirmar que era tan guapo como me pareció en los leves segundos en que pude apreciar su rostro y también para comprobar si el efecto del corazón acelerado fue una simple casualidad o era consecuencia de haber disfrutado visualmente de su anatomía. Lo poco que recordaba era su pelo castaño revuelto y una mirada tierna y serena.

—Lunita, ¿en qué piensas?, ¡ven aquí con nosotras!

Hice caso a Martina y volví a sentarme con ellas.

—Te noto rara Luna —dijo Laura, levantándose la barbilla, examinando mi cara.

—Nada Lauri, estoy un poco cansada.

Martina me dedicó una mirada escéptica.

—A ver si se puede escapar un rato Adela y nos termina de contar su novedad —dije para cambiar de tema y funcionó.

Pasé toda la noche lanzando miradas furtivas hacia la cocina. Era como si hubiese un imán que arrastraba a mis ojos hasta allí una y otra vez, pero se lo había tragado la tierra, o la cocina, porque no lo vi más en toda la noche.

Alrededor de las tres de la madrugada, me levanté de la silla un poco somnolienta y decepcionada, con la intención de irme.

—¡Chicos me voy, estoy cansada! —dije elevando la voz para que se me escuchara por encima de la música.

—Yo me quedo un rato más —me informó Dani, y siguió hablando con Jose y Pablo.

—¡Quédate un poco más Lunita! —suplicó Martina.

—Estoy cansada, mañana nos vemos.

Mi amiga hizo una mueca, pero no insistió de nuevo, algo raro en ella. Había mucha gente en el local, así que me despedí de lejos de Adela alzando la mano, respondiéndome ésta del mismo modo. Antes de salir miré de nuevo hacia la cocina, pero no sirvió de nada.

Ya en la cama, me sentí un poco estúpida pensando de nuevo en mi respiración y mi corazón acelerados tras haber visto al chico de la cocina. Era raro, pero me sentí viva y quería sentir esa sensación de nuevo. No podía creerme que por una vez estuviera motivada por volver a *Hechizo*. Tenía como objetivo ver de nuevo al cocinero.

Como cada sábado, mi padre me llamó por teléfono para saber cómo me iba todo. Recordé que olvidé llamarlo, que era lo que quise hacer ayer. Me invitó a almorzar, pero rechacé su invitación; tenía ganas de verle, pero no me apetecía

compartir tiempo con Olga.

Mi nevera gritaba «¡SOS!», así que fui a vestirme con ropa de sport para ir a hacer la compra. Terminando de ponerme los zapatos deportivos, sonó el timbre de casa. Me puse muy nerviosa, no me apetecía ver a Dani. Esto de que la puerta de entrada al bloque estuviera estropeada y no cerrara, no me dejaba tiempo para prepararme cuando alguien venía a visitarme. Subían directamente arriba sin necesidad de llamar al portero automático para que les abriera la puerta.

Cada vez tenía menos dudas de que no quería estar con él, y ya el colmo fue lo de anoche. Que un extraño causara en mí lo que no causaba mi propio novio... Recordé que se encontraba en el trabajo y suspiré aliviada.

—¡Buenos días Laura! —dije sonriendo.

—¡Hola!, qué contenta te veo.

—Sí, me alegro mucho de que seas tú quien ha llamado al timbre.

—Pues qué bien. He venido para charlar un rato.

—¿Tienes pensado ir a algún sitio?, te veo muy arreglada...

Además de ir muy arreglada, llevaba sus labios pintados de color coral.

—Luna, tú en tu trabajo vas siempre arreglada y cuando estás de descanso te apetece ropa cómoda; yo, sin embargo, al estar trabajando en zapatillas y con el uniforme de enfermera, que es un pijama, cuando llego a casa tengo ganas de sentirme guapa.

No era la primera vez que lo comentaba. Proponerle que me acompañara al supermercado vestida así... parecería que iba a comprar la millonaria acompañada por su chacha.

—¿Vienes conmigo al súper?

—¡Claro!

—Vale, me visto en un momentito y nos vamos.

Me negaba a decirle que en realidad ya estaba vestida para ir a comprar. Tacones y falda como ella no me iba a poner, pero sí unas cuñas, unos vaqueros ajustados y una camisa de cuadros.

Estar con Laura me iba a venir bien, ella me transmitía paz. Su serenidad al hablar, su dulzura... era justo lo que necesitaba en esos momentos, lo cual no quería decir que en otros momentos no necesitara al torbellino de mi amiga Martina, o a la ingeniosa de Adela. Las cuatro juntas éramos un cóctel molotov, pero sobrevivíamos.

Paseamos por el súper sin hablar de temas realmente importantes, lo cual me venía genial para desconectar. Estuve dándole vueltas a si contarle que estaba pensando dejar a Dani, pero obviamente, el pasillo de verduras de un supermercado no era el sitio más indicado para llevar una conversación profunda. Estaba cogiendo una lechuga iceberg cuando mi móvil comenzó a sonar.

—Oye, ¿el que suena es tu móvil o el mío? —me preguntó mientras se acercaba su bolso al oído para comprobarlo.

—Creo que es el mío.

Miré el móvil, era Dani. Lo guardé de nuevo en el bolso.

—¿Te gusta mucho la melodía no?

—¿Qué?

—Bueno, si en lugar de cogerlo te quedas escuchando como suena...

—Ah, sí suena bien; y tú sueñas muy graciosa.

—¿Quién es?

—No sé.

Fue una mentira absurda, acababa de mirar quién era delante de ella.

—Luna... ¿me estás tomando el pelo?

—Sí. Bueno, no. Quiero decir que sí lo sé, no que sí te esté tomando el pelo.

—Estás muy rara ¿sabes? Bueno no, estás... a ver, sí, estás rara —fruncí el ceño, y a la vez sonreí—. ¿Quién era? —preguntó con el rostro lleno de curiosidad.

—Era Dani —respondí resignada. La expresión de su cara cambió de manera radical de intriga a sorpresa desmesurada. Quizá me vendría bien desahogarme ahí mismo, en el pasillo de las verduras.

—¿Dani?, ¿es a Dani a quien no le has cogido el teléfono?

—Sí Laura, sí.

—¿Estás enfada con él?

Ahora no parecía tan sorprendida.

—No...

—¿Entonces por qué no se lo has cogido?

—Pues... porque estamos en *momento chicas*.

—Podrías haber respondido y habérselo dicho. Sabes que cuando tienes razón te la doy, pero cuando no haces las cosas bien también te lo digo.

Ya estaba ejerciendo de Pepito Grillo. Ha sido mi Pepito Grillo desde el colegio. Es de agradecer. Siempre me ha apoyado mucho y me ha dado buenos consejos en muchos momentos malos de mi vida, aunque también Martina. En realidad tenía dos Pepitos Grillo: Pepito Grillo Sor Laura y Pepito Grillo *Terminator* Martina.

—Luna, no sé qué te pasa con Dani, pero haz las cosas bien. Llámalo. Ayer le dejaste preocupado, te nota distante —sus palabras me estaban haciendo sentir culpable.

—¿Te ha pedido Dani que hables conmigo?

—Eso es lo de menos.

—No, eso no es lo de menos. ¡Pensé que habías venido a verme porque te apetecía, no enviada por nadie!

—*Jopetas* Luna, sabes que muchas veces he ido a verte sin que nadie me enviara —eso era cierto—. Llama a Dani —me ordenó.

Que me lo dijera tan seria, con esa voz suave, pero con un tono autoritario, consiguió que, ya en la cola del súper, cogiera mi móvil y obedeciera.

—Te he llamado —fue su respuesta en el segundo tono de llamada.

—Ya lo he visto, por eso te llamo.

—¿Dónde estás? Se escucha mucho ruido...

—Pues con Laura, en la cola del supermercado.

—Últimamente tienes tiempo para todo menos para mí.

¡Oh no!, ¡reproches!

—¿Y qué quieres?, se supone que estás trabajando —respondí con sequedad. Los ojos de Laura, que se paseaban por las diferentes caras de la gente que compraba en el súper, se clavaron en los míos intentando averiguar qué me había dicho Dani para que yo diera esa respuesta—. ¿Me explicas ya para qué me has llamado? —inconscientemente alcé la voz ante la mirada reprobatoria de Laura.

—Mira... déjalo.

Colgó. Me subía por las paredes por su actitud chulesca.

—¿Qué pasa? —quiso saber Laura.

—¡Que me ha colgado! Y que estoy harta Laura, ¡harta! Harta de discusiones, de reproches, de la maldita rutina... mi relación no es lo que yo esperaba al principio.

Empecé a llorar. Laura me miraba estupefacta, al igual que la cajera.

—No sé qué decir Luna, no lo esperaba para nada, no tenía ni idea de que te sentías así.

Mi amiga de los mil y un consejos no sabía qué decir; pero no importaba, yo me había desahogado con el simple hecho de sentirme escuchada por ella, por la cajera y quizá por más curiosos. Tal vez, debería habérselo contado antes, pues una parte de mí se sintió liberada.

Salimos del supermercado en busca del coche sin decir una palabra. No fue hasta llegar a él cuando Laura rompió el silencio.

—Por curiosidad... ¿Te has planteado dejarle?

Me quedé paralizada delante del maletero ante la pregunta tan directa. ¿Me lo había planteado oficialmente? Había pensado tantas cosas últimamente, que no sabía ni lo que quería hacer en realidad.

—Tal vez, alguna vez o algunas veces, no sé.

—*Jopetas*, con pensarlo una sola vez... ¿Qué te ha pasado?, es cierto que os veía discutir más a menudo que antes, pero no me imaginaba esto. Con Mario no te pasó algo así —parecía arrepentida de habérmelo recordado cuando vio que empecé a llorar de nuevo, esta vez con más intensidad. Me apenaba mucho no haber podido encontrar a alguien mejor que Mario—. Lo siento... ¿no tendrás depresión otra vez no?

Negué con la cabeza.

—Quizá la culpa sea tuya por no haberte olvidado de Mario.

—Laura... en una relación, si la cosa va mal, la culpa no es de uno sólo. Además, no se trata sólo de Mario, se trata también de la rutina, los signos de acomodo, en el sentido de pensar que la otra persona ya es tuya para siempre y puedes decirle lo que te dé la gana, tratarla como te parezca e interesarte en ella sólo cuando te venga en gana. Una relación hay que cuidarla día a día.

—¿Y por qué no has luchado para evitar llegar a esto?

—¿Crees que me merecía la pena luchar por una relación que empieza a flaquear tan pronto?, pues no. No después de haber tenido antes una relación de cuatro años que hasta el día en que se terminó, estaba intacta como el primero. Es normal que haya algunas discusiones, pero hay ciertos límites.

—¿Seguro entonces que no tiene nada que ver con Mario?

—Pues... sí. Que mi relación vaya mal es lo que ha desencadenado que últimamente recuerde más de la cuenta a Mario.

—Luna otra vez no, eso ya es agua pasada.

—Lo sé, pero no te preocupes, estoy bien. Sólo es eso, que añoro una relación perfecta.

—Bueno, no sé lo que tendrás pensado, pero medítalo detenidamente antes de tomar cualquier decisión. De hecho, deberías hablar con él, a lo mejor lo que pasa es que tenéis falta de comunicación.

Permanecí pensativa.

—Luna... llámalo y habla con él.

—No sé... yo...

—Prométemelo.

—No te puedo prometer que...

—¡*Jopetas* Luna, prométemelo!

—¡Está bien, está bien!, te lo prometo.

—Llámalo ya.

—Laura, por favor, no me agobies. Cuando llegue a casa le llamo.

—Confío en ti.

—¡Que sí! —dije poniendo los ojos en blanco.

No me atraía nada la idea, pero lo haría; se lo había prometido a mi amiga.

SALIDA DE CHICAS

Llegué a casa muy desahogada, pero me faltaba hablar también con Martina. Con Adela no contaba, me escucharía de forma superficial y no me serviría para nada. A pesar de que me encontraba mejor, en mi cabeza seguía la marea de confusiones sobre qué hacer. Estuve a punto de llamar a Dani, pero rompí mi promesa. No me vi con fuerzas.

A las ocho de la tarde, cuando me disponía a ducharme, sonó mi móvil, que lo había dejado encima de la tapa del váter. Era él de nuevo. Laura se iba a salir con la suya.

—Hola Dani —contesté de la mejor manera que pude— ¿Qué pasa?

—Eso digo yo, ni llamas ni nada. ¿Qué pasa, que no tienes novio?

«Ojalá».

—Perdona, pero quien colgó el móvil la última vez que hablamos, y de malas maneras, fuiste tú.

—¡Mira déjalo! ¿Cuándo *mierda* pensabas decirme que esta noche sales sola con las chicas?

—Si esta mañana no me hubieses colgado, te lo habría contado —mentí.

—Tú y tus excusas.

—Dani, tu desconfianza me supera, ¡déjame en paz ya!

—¿A ti qué te pasa últimamente?, ¿tienes otro o qué? —otra vez sus cansinas, y poco acertadas, hipótesis.

—Ojalá tuviera otro. Te dejo, que me tengo que arreglar y no quiero llegar tarde.

Esta vez fui yo quien colgó. Mis discusiones con Dani no iban a empañar la ilusión que tenía por salir sola con mis amigas. La sonrisa aparecía en mi rostro cada vez que lo pensaba.

Al salir de la ducha, mi móvil sonó de nuevo y lo agarré de mala gana pensando que sería de nuevo Dani, pero para mi gran satisfacción, era mi amiga Martina.

—¡Holaaaa!, ¿te estás arreglando ya Lunita?

—*Of course!*

—¡Así me gusta!, ¡vamos a quemar la noche!

—¿A dónde iremos?

—A *Hechizo*.

—Vaya, la cosa no mejora —fingí desencanto, pero en realidad quería ir para ver al chico de la cocina.

—Es por Adela, ya que trabaja, al menos que pueda tomarse algo con nosotras.

—Vale. Esperemos que a los chicos no les dé por ir allí.

—Tranquila, Pablo está advertido, y Jose no creo que tenga mucho interés en buscar a Laura.

Eso era triste, pero cierto.

—Bueno, no te entretengo más, que no quiero que llegues tarde.

—¡Vale, loca!

—¡Y cuida tu pelo aunque sea un día!

Colgué sin responderle.

Seguí risueña mientras me vestía. Me enfundé unos *short* negros, un *top* palabra de honor color blanco y unas sandalias negras de tacón alto. Me sentía tan animada por el hecho de salir sin Dani, que incluso pensé en maquillarme algo más de lo que últimamente lo hacía. Usé una sombra de ojos plateada, me perfilé los ojos con el *eyeliner*, me puse rímel, y los labios me los pinté de color rojo carmesí. Ignoré el consejo de Martina, y preferí que mi pelo, que aún estaba húmedo, se secara solo; así tendría un toque más natural.

Antes de salir de casa, como de costumbre, me dirigí a mi mesita de noche y saqué del primer cajón mi agenda, donde guardaba una foto de un primer plano de Mario. Hice lo de siempre, contemplarla unos segundos. La hermosa sonrisa que lucía en la foto, me encandilaba. Sus ojos color miel resaltaban con el dorado de su pelo.

Era una foto en la que estaba sonriendo, pero, aunque resulte ilógico, nunca le veía la misma expresión en la cara. En esta ocasión, su sonrisa no reflejaba la intensidad que en otras ocasiones yo percibía, y eso condicionó un poco el entusiasmo que hasta entonces tenía por salir con mis amigas. Era muy consciente de que esta foto iba terminar volviéndome loca.

Llegué al *pub* con un poco de retraso. En la barra ya se encontraban mis amigas charlando. Destacaban, por su uno setenta y algo de altura, Martina y Adela, frente al uno sesenta de Laura. Mi altura estaba en el medio, así sólo me sentía incómoda cuando iba con ellas dos y Laura no estaba presente.

Las tres iban radiantes. Me alegró saber que yo no era la única que se había arreglado más de lo normal, exceptuando mi pelo, claro. Mis amigas me saludaron de forma enérgica. Los ojos se me dispararon hacia la cocina; esperaba ver al chico nuevo, pero nada.

—¡Vaya, cuánta alegría! —dije al ver sus rostros sonrientes.

—¡Por fin llegas!, ¡estábamos impacientes ya por brindar! —dijo Adela con gran efusividad.

—¿Y qué celebramos?

—¡Un día de libertad!

Martina parecía más feliz que yo por pasar una noche sola sin pareja. Ni siquiera se había fijado en mis malos pelos, o al menos eso me pareció.

—Bueno, para mí esto de la libertad es una rutina, cuando encuentre pareja brindaremos otra vez —reía mientras lo decía. En realidad no me imaginaba a Adela teniendo una relación formal, a ella siempre le ha ido más eso de ir de flor en flor—. ¿Qué te pongo?

—Un mojito de melón.

—¡Vaya pregunta la mía! ¡Marchando ese mojito!

Cuánta euforia, y eso que al alcohol no le había dado tiempo a hacer efecto en ellas. Mientras mis amigas parloteaban animadamente, mis ojos insistían, sin éxi-

to, en encontrarse con el chico de la cocina.

Adela me trajo el mojito y las cuatro pudimos hacer el brindis por la libertad. Aunque fuera una libertad temporal, la estaba saboreando al máximo, me sentía verdaderamente bien.

El local, a medida que avanzaba la noche, se fue llenando de gente, por lo que a Adela le era cada vez más complicado estar con nosotras. Había chicos muy guapos en el *pub*. Que me percatara de ello era un indicio más de mi falta de interés por Dani.

Una de las veces que le estaba dando un sorbo a mi mojito, noté unos ojos clavados en mí. Muy despacio, busqué esa mirada que me acechaba. Casi me quedé sin respiración cuando me encontré con los hermosos ojos del guapísimo chico de la cocina, que estaba dejado caer en el marco de la puerta de ésta. En ese mismo instante en que nuestras miradas se encontraron, se me desbocó el corazón y me mareé; tuve que sujetarme con una mano a la barra.

Mantuvimos varios segundos la mirada fija el uno en el otro, con cierto grado de curiosidad, hasta que Martina me llamó, rompiendo el magnetismo, diciendo que yo estaba en «la pompa». Volví a mirar de inmediato a la cocina, pero ya no estaba allí.

La atracción que sentí al toparme con sus ojos, llegó a asustarme. Quizá no me miraba a mí, pero, de todas formas, sentí un extraño escalofrío cuando me encontré con su mirada. *Joder*, era más guapo de lo que recordaba. Mi inmenso deseo de verle nuevamente se cumplió, pero me quedé con ganas de más. Era como una droga, necesitaba verle otra vez y así sentir esas emociones internas y externas de nuevo.

—¿Lunita te encuentras bien? —preguntó Martina. Le respondí con una mueca —. ¡Sonríe! —dijo casi cantando, mostrando su perfecta dentadura.

Mostré una sonrisa forzada.

—Desde luego... sueles ligar porque eres guapísima, porque sosa eres hasta decir basta.

—Gracias —ironicé.

—Está rara, ¿verdad?, hoy fuimos juntas al súper y la tendrías que haber visto...

Laura me estaba obligando a contar ya cómo me sentía.

—Bueno, sí. A Laura le conté hoy un poco el motivo de mi rareza, ahora faltas tú y Adela.

—¿Qué te pasa?

La frente de mi amiga se pobló de arrugas.

—Estoy pasando por un momento de dudas con respecto a mi relación con Dani.

Abrió los ojos como platos.

—Me prometiste que hablarías con él, ¿lo hiciste?

—Sí, pero no terminamos la conversación. Le colgué.

—¡Luna! —me reprendió.

—¡Oye, no os desviéis del tema! Cuéntame eso de las dudas.

Empecé a soltarle lo mismo que le conté a Laura por la mañana. Me sentí más arropada por Martina, a pesar de ser una cabeza loca, que por Laura. Mi pelirroja amiga me dijo, que lo primero era yo, después yo y luego otra vez yo; y concluyó el tema ordenándome que hoy me despejara y disfrutara de la noche.

El segundo mojito comenzaba a hacerme efecto, y a Martina su tercer *Gin-tonic* parecía que también. Hablaba muy melosa con un chico que se nos había presentado y que también nos había presentado a sus amigos; si la viera Pablo... No era la más guapa de mis amigas, pero esa noche estaba realmente bella, con ese cuerpazo y su larga pelirroja melena recogida con algunos mechones del flequillo colgándole por la cara. Se le veía feliz, claro que también a mí se me veía feliz.

—Oye, se está pasando un poco, ¿no? —la cara de Laura reflejaba preocupación—. No me gustaría que Pablo la viera así, hemos salido sin ellos para estar solas, no para conocer chicos.

Mi amiga Martina había dado un giro de trescientos sesenta grados en sus relaciones de pareja. Después de haber sufrido un desengaño amoroso, había pasado de ser un ángel de amor a ser un ángel exterminador. Las consecuencias de ese giro las estaba sufriendo, quizás, quien menos lo merecía de todos los chicos con los que ella había estado, Pablo, que estaba profundamente enamorado de ella, como ninguno lo había estado.

Adela, que volvía a estar con nosotras, la examinó, pero no pude descifrar su expresión.

—Lo que no entiendo es cómo ese chico se ha podido fijar antes en ella que en mí —esa respuesta de Adela me sorprendió, y me molestó, dicho sea de paso.

—¡Cuánta modestia Adelita! —protestó Laura irónicamente.

—¡Lo decía en broma!

Esa respuesta sí que me sonó a broma.

—¡Martina! —el grito repentino de Laura me sobresaltó. La interpelada se giró hacia nosotras con mirada curiosa e hizo un gesto interrogativo—. ¿Cuando vas a estar con nosotras? —preguntó ahora con suavidad.

—Enseguida voy —respondió de manera enigmática.

—Nada, que pasa del tema.

—Creo que es mayorcita, déjala y relájate —mi respuesta no le hizo mucha gracia. Dio un trago a su margarita sin decir nada.

A las tres de la mañana iba por mi quinto mojito. Estaba un poco mareada, ya no pensaba beber más o acabaría vomitando. No podía dejar de pensar en el chico de la cocina. Lo había visto pasar varias veces por la barra y me seguía pareciendo excesivamente guapo. «¿Cómo dijo Adela que se llamaba?». Le habría preguntado, pero a mi amiga le hubiera resultado muy sospechoso.

Le vi más veces de lo que esperaba y menos de las que deseaba. Me encandiló su forma de andar elegante y despreocupada a la vez, bastante sexy. No hubo una sola vez que saliera de la cocina y no le mirara, pero lo peor fue que de todas esas veces, me pilló un noventa por ciento con mis ojos clavados en los suyos. El

efecto del alcohol ayudó a que sintiera menos vergüenza, aunque no tenía ni idea de cómo me sentiría mañana. Me hubiera gustado que Adela lo hubiese traído a la barra y nos lo hubiera presentado, pero eso no pasó, aunque lo que sí pasó fue que ella entró un centenar de veces en la cocina para hablar con él. ¡Dios, qué envidia! Pensar que ese chico era uno más en su lista de caprichos, y por supuesto uno más que caería, me sulfuraba.

—¡Adela eres la *repipa*!, ¡quédate ya por la barra con nosotras y deja de entrar en la cocina! —la rabia que sentía al pensar que coqueteaba con el chico de la cocina, hizo que salieran estas palabras de mi boca. Esto era señal de que los mojitos me estaban afectando.

—¿Ey, qué pasa?, estoy haciendo lo mismo que Martina, ¿a ella no le dices nada? Y lo de ella es peor, yo al menos estoy soltera.

—Estoy totalmente de acuerdo, ¡ya le vale! —respondió Laura a la vez que asentía con la cabeza.

—Bueno, cuéntanos, ¿que te has encaprichado del cocinero? —las palabras volvieron a salir de mi boca disparadas.

—De capricho nada, lo que siento es de verdad.

—Sí, siempre dices lo mismo —no pude disimular el tono acusador. ¿Por qué me molestaba tanto que se hubiera fijado en él?

—Luna, ¿a ti qué te pica?

—Nada, sólo que ya es hora de que asientes la cabeza.

—Estaba esperando a que llegara un chico como este para asentarla.

Fenomenal, le estaba dando ideas. No me agradaba nada que mi amiga pudiera estar con un chico que me atraía mucho físicamente.

—Pues... es mono, así que ya sabes, ¡a por él! —Laura la animó.

—¿Tú no dices nada Luna? —su tono chulesco me irritó.

—Pues... que si es para asentar la cabeza, adelante.

Cómo me fastidiaba tener que decir algo que no sentía, pero, al fin y al cabo, ella era mi amiga, yo tenía novio, y a al chico de la cocina ni siquiera lo conocía.

—Genial, ¡brindemos entonces porque Alejandro acabe rindiéndose a mí!

¡Memoria refrescada!, ¡su nombre era Alejandro! Uní mi copa a las de ellas, aunque no estaba de acuerdo con el motivo del brindis.

—¡Tranquila, que así sucederá! —lo dijo muy convencida, provocando en Adela una sonrisa de oreja a oreja.

—Bueno, a ver, creo que va a ser difícil eh, es muy reservado. Estoy intentando tener más confianza con él y poder entrarle.

Casualmente estaba dejado caer en la puerta de la cocina, mirando en nuestra dirección. Seguramente estaría mirando a Adela. Su mirada era serena y pensativa. ¿Por qué me atraía tanto? No podía parar de mirarle. ¡Dios cuánta belleza desprendía!

—¡No me lo puedo creer! —Laura se tensó.

Al ver que Adela soltó una risita irónica y Laura tenía la cara desencajada, pensé que habían llegado nuestros novios. Me giré para seguir la dirección de sus

miradas y mis suposiciones estaban muy lejos de la realidad. Martina estaba junto a los servicios, besándose apasionadamente con el chico con el que se había pasado prácticamente toda la noche hablando y coqueteando. No me lo esperaba, pero tampoco me afectó tanto como a Laura.

—¡¿Laura a dónde vas?! —intenté aguantarla porque iba flechada hacia Martina— ¡Es su vida, no la tuya, déjala en paz!

—Me reclaman mis clientes, después de atenderlos y pasar por la cocina, vuelvo con vosotras —tras decir eso, se fue riéndose.

—No sé si me preocupa más lo que está haciendo o que se entere Pablo, o Jose.

—¿Jose?, ¿Jose por qué?

—Si la ve Jose así, ¿qué puede pensar que haya hecho yo?

—Tú no tienes nada que ver. Así que tranquila —mis palabras no sirvieron, seguía alterada—. Creo que te preocupas demasiado.

—¿Dónde está?

Imaginé que se refería a Martina, así que me giré para buscarla con la mirada, pero no la encontré. En un pestañear de ojos, ella y su acompañante habían desaparecido.

Laura comenzó a rastrear con la vista todo el local; yo, en cambio, preferí buscar a Adela. Estaba en la cocina. La vi hablar y reír con Alejandro. De pronto, noté que alguien me había rodeado los hombros con su brazo y que debido a la alta música del local me hablaba al oído para que me enterase, llegándome el olor a alcohol a la nariz.

—Oye, ¿a dónde se ha llevado tu amiga a mi amigo? —rió a carcajadas tras hacer la pregunta.

Este chico estaba más borracho que yo. Exhibí una leve sonrisa, mi borrachera había agudizado la sensación de enfado por el tema de Adela en lugar de acentuarme el buen humor.

—Vete tú a saber.

De buenas a primeras, su brazo se desprendió de mis hombros a toda velocidad. El chico acabó tirado en el suelo. Sus ojos reflejaban miedo. El vaso que sostenía se había hecho añicos en el suelo. La gente se agolpó alrededor para ver qué estaba pasando.

—¡Babéale a tu madre, *gilipollas!*

Dani había aparecido de la nada y le había empujado para quitármelo de encima. La noche iba a acabar en pesadilla. Recordé la foto de Mario; no fallaba.

—¡¿Pero qué haces?! —le grité—. ¡No me estaba molestando!

—¿Qué pasa, que te gusta?

No me dio tiempo de responderle cuando uno de los amigos del chico empujó por la espalda a mi novio. Jose se encargó de separarlos mientras Laura gritaba como una loca. Para colmo, el local sin portero. Aquello era un caos entre empujones y gritos.

Justo a mi lado, apareció Carlos, el compañero de Adela, que agarró al chico

que había empujado a Dani para sacarlo del local. De inmediato, llegó Alejandro, el chico de la cocina, haciendo lo propio con mi pareja, siendo más complicado que con el otro muchacho por los zarandeos que daba a la vez que gritaba como un poseso.

Ahora me daba vergüenza salir y que Alejandro supiera que el bestia que había montado el pollo en el local era mi novio, aunque realmente a él eso le importaría muy poco. Me ardía la cara del sofoco que sentía. Adela desde la barra estaba gritándole a Dani muy enfadada, con toda la razón. Si su jefe hubiera estado en el local y hubiese sabido que el lío lo habían montado amigos de su empleada, la cosa hubiera estado muy negra para ella.

Yo seguía paralizada sin querer salir fuera. Las mejillas me ardían tanto que se hubiera podido freír en ellas un huevo. Pude ver que Pablo, muy nervioso, se acercó a la barra para hablar con Adela, quien le respondió algo, pero con tanto griterío y la música tan alta, no me enteré de nada.

Dejé de prestarles atención a mis dos amigos cuando sentí un escalofrío, al notar que alguien rozó mi espalda al pasar. Me giré y era Alejandro quien había pasado justo detrás de mí. La descarga eléctrica que sentí me cortó la respiración. Él iba en dirección a la cocina, pero giró su cara hacia mí con un elevado grado de curiosidad en sus ojos. ¿Me había mirado a mí en realidad o era fruto de mi obsesión? Volví a centrar mi atención en Pablo cuando se puso delante de mí con cara angustiada. Los nervios y el alcohol me estaban traicionando, no sabía qué hacer. ¿Me preguntaría por Martina?, ¿sería eso lo que le había preguntado a Adela? Agarré mi copa, que estaba en la barra, y me bebí de un sorbo los cuatro dedos de mojito que quedaban en ella.

—Luna, ¿Dónde está Martina?

No se me ocurría nada que decirle.

—¿No te lo ha dicho ya Adela? —probé suerte.

Tenía acumulación de nervios por varios motivos: la escenita anterior, la reacción eléctrica por el contacto con Alejandro y la presión de inventarme qué decirle a Pablo sin cagarla.

—Sí, es muy graciosa —me respondió irónicamente. ¿Graciosa?, ¿qué le habría dicho la rubia loca?—. ¿Dónde está? —ignoré su pregunta; ahora tenía más interés en saber qué le había dicho Adela.

—¿Graciosa?, ¿qué te ha dicho?

—Que está liándose con un tío —puso los ojos en blanco. *Joder* con Adela. No pude evitar abrir los ojos exageradamente—. Dime, ¿dónde está?

Lo único que se me ocurrió fue empezar a reírme como si fuera un chiste que me había hecho mucha gracia.

—Menos mal que ya la conoces —si Pablo se enterase de la verdad, nunca me perdonaría que se la hubiese ocultado—. Martina se sintió mal y se fue. No me preguntes mucho más porque los mojitos que me he tomado no me dejan tener la mente despejada. Y sí, soy una mala amiga, el alcohol no me ha dejado pensar con claridad y decantarme por acompañarla a casa.

—Laura me dijo que estaba en el servicio —arqueé las cejas. ¡Cuánta compe-
netración para echar mentiras teníamos!—, pero miré y no estaba; y claro, era
porque se ha ido a casa. ¿Ha bebido mucho? Estoy preocupado, no me coge el
móvil.

—No te preocupes, no bebió mucho, y cuando salió del cuarto de baño me co-
mentó que se iba. A lo mejor si no te coge el móvil es porque ya está durmiendo
—pobre Pablo, Martina no le valoraba.

—Voy a ver qué tal están Jose y Dani, y me voy a casa para estar con ella. A
tu novio a veces se le va la *olla*.

¡Ay, por favor!, sólo esperaba que cuando Jose llegara, se encontrara allí a
Martina durmiendo. Me dirigí a la barra para hablar con Adela en cuanto Pablo
salió por la puerta.

—¡Vaya la que ha montado tu caballero andante!

El enfado de Adela era palpable.

—Oye, ¿tú de qué vas?, ¿por qué le has dicho eso a Pablo? —empezó a reírse.

—Porque funciona, la gente nunca se cree la verdad, prefiere creer las menti-
ras. Bueno, voy a la cocina para que me calmen el susto que he pasado por culpa
de tu novio.

Mi amiga se envolvió en un papel de víctima y entró en la cocina con cara
aterrorizada. Pude ver cómo se abrazaba a Alejandro buscando consuelo. Muy
buena excusa para manosearlo. A él lo noté un poco seco, y eso me agradó.
Mientras ella lo rodeaba con sus brazos, él la sujetaba por los hombros. Eso la es-
taría fastidiando mucho.

Tras ver cómo fracasaba el teatro de Adela, borré la sonrisa de mi cara para
adaptarme a las circunstancias que me esperaban fuera.